

# Homilía pronunciada por el Sr. Obispo en la Misa de presentación de las Religiosas al pueblo de Manzanares

“No tengáis miedo”

(Dom. XII del t.o. RR. Hnas. de la Misericordia,  
en Manzanares. 20 de junio de 1993)

1. Dios se ocupa de todo, y de todos, con amor, con misericordia.

Los gorriones, los cabellos de la cabeza... No hay que tener miedo: Dios sabe lo que nos conviene. Hoy recibimos una prueba más de ese amoroso cuidado de Dios para con nosotros. Nos ha enviado a este grupo de Hermanas de la Misericordia, que llegan a nuestro pueblo, y a nuestra diócesis, a compartir con nosotros la preocupación por los enfermos. Os recibimos como un verdadero regalo de Dios. Como a Hermanas nuestras. Deseamos que desde el primer momento os encontréis en este pueblo, y en esta diócesis como en vuestra casa. Bienvenidas.

2. Las Hermanas de la Misericordia nacieron en Francia, en Sees, en marzo de 1823 gracias al celo sacerdotal de un Vicario y Superior del Seminario, Juan Santiago Bazin, que había sentido profundamente en su corazón la necesidad de atender, material y espiritualmente, a tantas personas enfermas y ancianas que, entonces como también ahora, se encontraban sin la debida asistencia. La Congregación creció en número y en espíritu, hoy son casi cuatrocientas las Hermanas distribuidas en 40 comunidades de vida religiosa, por diversas naciones. En España tienen casa en Aranda de Duero. Y ahora llegan hasta Manzanares, en plena Mancha. Gracias a la Providencia de Dios, que se ha servido de las hermanas D.<sup>a</sup> Cayetana y D.<sup>a</sup> Paquita Criado, que han puesto buena parte de su propia casa a disposición de las Hermanas de la Misericordia.

3. Al presentar a las Hermanas a las comunidades parroquiales y a los grupos cristianos de Manzana-

res, tengo interés en destacar algunos aspectos del “carisma” —como se suele decir— de estas Hermanas:

—Son, en primer lugar, una comunidad de personas que viven su vida cristiana como consagradas a Dios por la vida religiosa. Nosotros debemos estar atentos para ver en nuestras Hermanas, lo primero de todo, lo que son, antes, incluso, de lo que hacen. Esperamos de vosotros, por encima de todo, que nos edifiquéis con el testimonio de vuestra vida religiosa: vida de oración, vida de fraternidad, vida de servicio en medio de la sencillez y de la alegría cristianas. Que con vuestro “género de vida” nos estéis recordando siempre la validez de las bienaventuranzas, y nos estimuléis en el camino del seguimiento de Cristo.

—Son también una comunidad de religiosas, que han sentido el impulso del Espíritu para dedicarse especialmente a la atención amorosa de los enfermos. Sin reparar en trabajos. Irán, cuando sea preciso y en la medida de sus posibilidades, a atenderlos en sus propios domicilios. Todo cuidado dispensado a los enfermos, es un cuidado dispensado a Cristo mismo, como Él nos ha dejado dicho. Por eso, es sobre todo el estilo, la forma, la solicitud amorosa en el trato con los enfermos, lo que esperamos de vuestra tarea. Porque de esa manera nos estaréis recordando que toda atención al enfermo es un acto de caridad.

—Son igualmente una pequeña comunidad de vida religiosa dentro de la comunidad mayor que es la Iglesia diocesana. Ellas se van a insertar en la acción pastoral de las parroquias. Ellas se van a conside-



rar ya desde ahora mismo en sintonía con los proyectos, y con el espíritu de nuestra Iglesia diocesana. Saben muy bien que no vienen a hacer su propia obra, sino a insertarse en la tarea evangelizadora de una Iglesia que marcha por los caminos de nuestra historia y en nuestra propia tierra. Esta actitud de ellas nos obliga a nosotros a manifestarnos, con ellas, sumamente acogedores, y dispuestos a compartir los anhelos y los proyectos apostólicos de nuestras parroquias y de nuestra diócesis. O tal vez mejor: que ellas se sientan incorporadas a nuestra humilde tarea apostólica. Somos una familia.

4. Por último quiero hacer una breve alusión a su propio nombre:

Se llaman HERMANAS DE LA MI-